

¿quién enturbia las campanas como si alguien durmiera demasiado?
Aquí, me hallo tan solo, las manos terriblemente juntas,
como culebras asidas y todo se agranda en torno mío.
¿Acaso he de huir? ¿tomar la lancha que avanza como el sueño sobre
las negras aguas? No es tiempo de huir, sino de leer los signos.
¡Cómo ronda el corpulento que unta la espalda! las órdenes horribles
sale a cumplir.
De pronto escucho un grito en la noche sagrada, de mi
casa lejana, como removidos sus cimientos,
viene una luz cegada, una cierva herida se arrastra cojeando, sus pechos
brillan como lunas, su leche llena el mundo lentamente.

MARIO FERRERO

LA SAGRADA FAMILIA

Me salvé por milagro
de caer en las garras de una hermosa mujer,
una fina pantera de ojos verdes,
elástica y sonora,
dispuesta a visitar a los parientes.
a la hora del té.

Yo llegaba a su casa
como un ser de otra época
y me tendía al borde de sus ojos
como en un banco de medusas.
Allí gemía el viento coronado
de azules griterías,
danzaban las ondinas su eterna raza inmóvil,
un duende de platino
jugaba entre las algas
iluminando el mar.

Era un tiempo de mágica sorpresa,
bajaban de los árboles los trenes auxiliares
y una gota de sangre

caía sin cesar sobre las copas
de una ciudad quemada por el sol.
Pero de pronto,
una mano cortada
hacía girar el marco de los sueños.
Y el paisaje volaba hacia el fondo del patio,
a una zona del tiempo
donde imperaba la crueldad.

Había unos helechos en el hall,
unas hojas gastadas por ese polvo gris del novecientos
y esas horribles vasijas de greda
que interferían el odio y el amor.
Como una araña al centro de su tela,
la señora evangélica
dirigía la muerte y la transfiguración,
la lenta ceremonia del invierno,
los designios celestes de la vida futura,
el arroz con leche
y los misterios de la trinidad.

La rodeaban las moscas, las hormigas,
ese ruido otoñal de hilandería
que llamaban tertulia familiar.
Allí brotaba el pasto y la calumnia,
comentarios hirientes
a través de los cuales desfilaba
la conducta sexual de los vecinos,
el precio de la yerba,
el problema racial del Medio Oriente
y las caderas de la tía Inés.
Todo esto mezclado a la gotera
de esas interminables peroraciones
acerca de la fe,
la vida de los santos,
la milagrosa historia de no recuerdo quién,

Felizmente,
todo pasó como esos trajes clínicos
de un alegre hospital desconocido.
La esponja de su boca
cayó desvanecida por el aire salino
y un murciélago blanco atravesó el verano
cimbrando de alegría
los columpios del sol.

VICENTE GERBASI

TIRANO DE SOMBRA Y FUEGO

X X I I

Caballos,
caballos de la noche van corriendo
por las hierbas delgadas de los astros,
de horizonte a horizonte, donde el hombre
guarda la soledad en las guitarras.

Caballos,
caballos del misterio van corriendo
con lumbres en los lomos, bajo el trueno
que estremece las aguas estancadas
y los juncos dispersos del relámpago.

Caballos,
caballos de la furia van corriendo
por un azul desierto de palmeras
hechas de altos reflejos en el cielo
y de rumor del viento que las mueve.

Caballos,
caballos de los muertos van corriendo
entre gritos que salen de los ríos,
de las aguas que lloran en la orilla
lenta de las luciérnagas del tiempo.